

PROBLEMAS EN TORNO A LOS ORÍGENES HISTÓRICOS DEL PUEBLO VACCEO

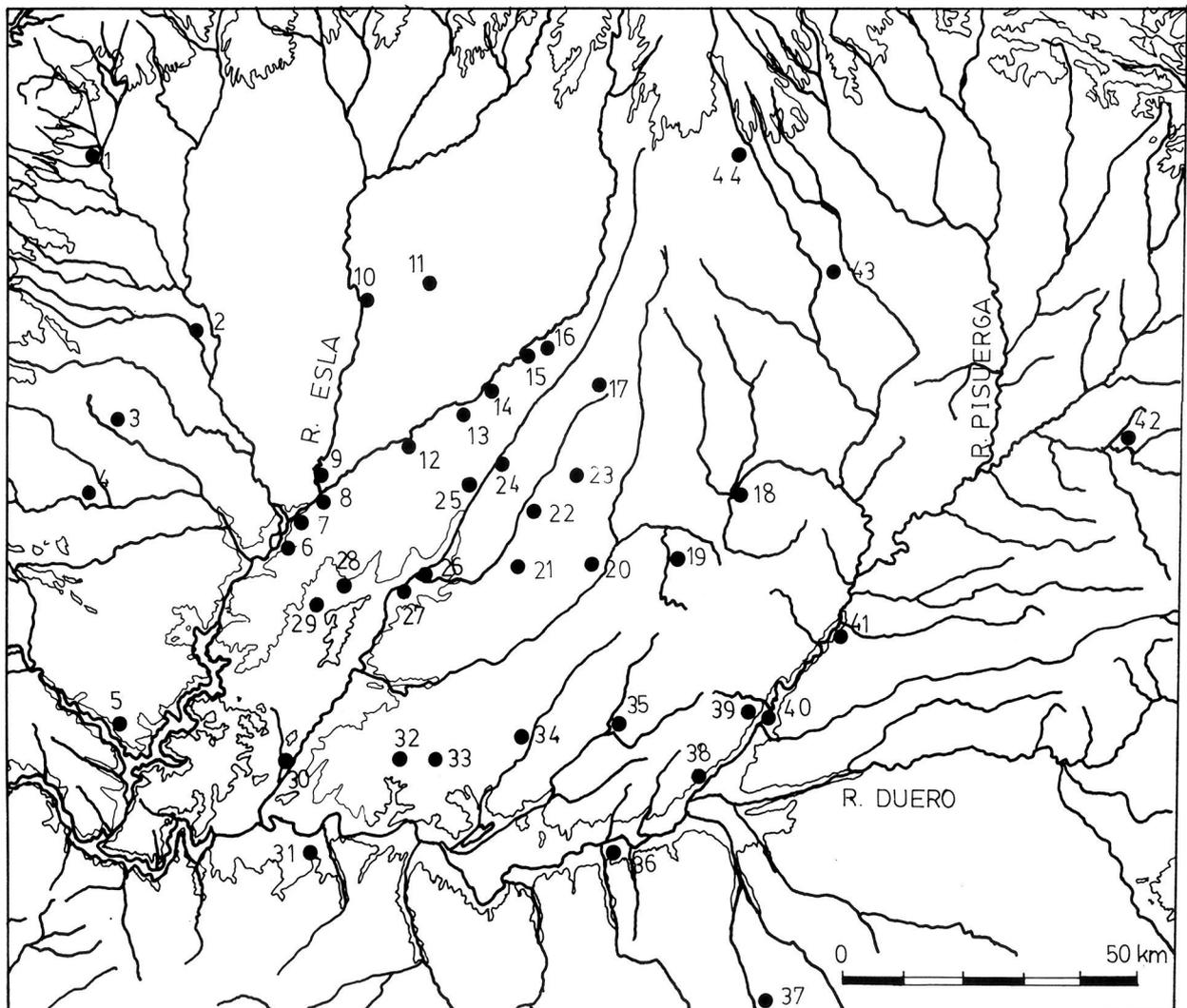
Adolfo J. Domínguez Monedero

Es un hecho que los primeros datos históricos que poseemos acerca de los pueblos de la Meseta corresponden a una época tardía dentro del desarrollo de los mismos y que, por consiguiente, es hasta cierto punto arriesgado el intentar extraer de ellos más de lo que ellos mismos aportan. Por lo que se refiere al caso que aquí nos interesa, el caso vacceo, la principal característica que a ojos de un autor antiguo merecía la pena reseñar se refería a su organización económica, y concretamente a su conocido colectivismo agrario (Diodoro, V, 34), tantas veces comentado (Domínguez, 1988, con bibliografía anterior). Este sistema económico aún en plena vigencia en el siglo II a.C., es absolutamente desconocido en el resto de la Península Ibérica, por lo que podemos afirmar que el surgimiento del mismo está en íntima relación con el surgimiento del pueblo vacceo, debiendo ser tratados conjuntamente ambos problemas con vistas a una solución coherente, todo ello dentro del contexto más amplio de la problemática de la Edad del Hierro en la Meseta Norte.

Hoy día nos hallamos ya lejos de la recurrencia a las invasiones para explicar cualquier cambio cultural, o cualquier diferencia entre los materiales de dos niveles arqueológicos sucesivos, como era frecuente tiempo atrás (BOSCH-GIMPERA, 1942) y mucho más proclives a ver en estas transformaciones una serie de adaptaciones debidas más a una serie de contactos, no forzosamente bélicos, que permiten una asimilación cultural, frecuentemente mutua. Pero ello tampoco quiere decir que haya que negar la existencia de movimientos de población más o menos intensos que produzcan indudables cambios dentro de los territorios que dichas poblaciones en movimiento ocupan. Quiero con todo ello decir que la indoeuropeización de zo-

nas de la Península muy bien pudo deberse a la efectiva presencia de contingentes humanos de allende los Pirineos, pero que también influyó muy decisivamente la acción que estos individuos ejercieron sobre las poblaciones ya existentes, lo cual hará que junto con el elemento foráneo existan indudables pervivencias del sustrato anterior, que matizarán y transformarán los nuevos aportes, creando una cultura (o culturas) con una acusada personalidad. Y es esta cultura la que debe ser estudiada en su conjunto, no centrandola en la mera comparación de objetos en busca de sus paralelos exteriores, sino en tratar de ver qué ha sobrevivido, qué es lo que se ha aceptado en cada caso, y cómo ha sucedido esto.

Lo que yo trato de defender aquí es, por lo tanto, que las penetraciones indoeuropeas, con las que hay que relacionar seguramente la penetración de elementos «hallstáticos», poco o nada influyen directamente sobre el territorio vacceo, centrado éste en torno a los cursos del Duero medio y sus afluentes por la derecha Esla y Pisuegra (WATTENBERG, 1959: 49) (ver mapa). Y de la misma manera, pienso que hay que rechazar la idea de que es sólo durante la segunda Edad del Hierro cuando se produce, o bien la «invasión» o bien la ocupación de esa región por los «vacceos» conocidos por las fuentes. Realmente, y aunque ya superados sus planteamientos iniciales, sigue flotando en el ambiente la idea de que la presencia vaccea en la Meseta Noroccidental se debe a una invasión desde la parte oriental de la misma, protagonizada por los pueblos celtibéricos, que integran en su «conglomerado» a esas regiones, cuando no se lee, aún hoy día, que nos hallamos ante una invasión de *celtas belgas* (últimamente, MAÑANES, 1979: 46), dentro de un contexto tendente a dar una cierta coherencia y a estruc-



Distribución de los poblados tipo Soto de Medinilla en la cuenca media del Duero (Según MARTÍN VALLS y DELIBES DE CASTRO): El núcleo del territorio vacceo. 1: Sopena. 2: Sacaajos. 3: San Pedro de la Viña. 4: Camarzana de Tera. 5: Carbajales de Alba. 6: Bretó. 7: Castropepe. 8: Castrogonzalo. 9: Fuentes de Ropel. 10: Valencia de Don Juan. 11: Gusendos de los Oteros. 12: Valderas. 13: Castrobol. 14: Mayorga de Campos. 15: Melgar de Abajo. 16: Melgar de Arriba. 17: Villacarralón. 18: Castromocho. 19: Montealegre. 20: Medina de Rioseco. 21: Villafrechós. 22: Aguilar de Campos. 23: Cuenca de Campos. 24: Villavicencio. 25: Bolaños de Campos. 26: Villalpando (San Mamés). 27: Villalpando (Las Arribaltas). 28: Revellinos. 29: Villafáfila. 30: Molacillos. 31: Madridanos. 32: Abezames. 33: Pinilla de Toro. 34: Mota del Marqués. 35: Torrelobatón. 36: Pollos. 37: Almenara de Adaja. 38: Simancas. 39: Valladolid (Pago de Gorrita). 40: Valladolid (El Soto de Medinilla). 41: Valoria la Buena. 42: Santa María del Campo. 43: Carrión de los Condes. 44: Saldaña.

tuar, sobre la base simplemente de sus nombres, a los pueblos peninsulares o buscando orígenes aún más lejanos a partir de pretendidas semejanzas onomásticas y materiales (WATTENBERG, 1963).

Es innegable, empero, que durante la segunda Edad del Hierro, la región vaccea se vio inundada de producciones cerámicas «celtibéricas»; pero creemos también poder afirmar que este fenómeno es, simplemente, un fenómeno cultural, de aculturación si se

quiere, pero sin que lleve implícita una idea de invasión. Si echamos un vistazo al área de distribución de las inscripciones celtibéricas, comprobaremos que prácticamente en ningún caso aparecen en nuestra área (LEJEUNE, 1955; TOVAR, 1973), mientras que se desarrollan ampliamente en Celtiberia; de la misma manera, viendo la distribución de las organizaciones suprafamiliares, observaremos cómo éstas son sumamente escasas en nuestra región (ALBERTOS, 1975), y al-

go similar ocurre con la onomástica personal (ALBERTOS, 1979). Si la lengua, la estructura socio-familiar y los nombres de las personas son aspectos que caracterizan a un pueblo o cultura, entre otros, y éstos no aparecen, o son insignificantes en determinado territorio, la conclusión más obvia es que no se ha producido un desplazamiento de individuos a pesar de que la cultura material pueda, en algunos casos, haber permitido pensar lo contrario.

Si, por otra parte, pensamos que el mundo celtibérico no es otra cosa que la evolución *in situ* de los «invasores» indoeuropeos de la primera Edad del Hierro (MALUQUER, 1954a), influidos tanto por los elementos indígenas preexistentes como por los pueblos de la costa mediterránea, y si volvemos a constatar la escasa presencia de tradición indoeuropea en el territorio vacceo, hemos de concluir que no existen esas supuestas invasiones en este territorio, al menos por lo que se refiere a asentamientos en masa de tales individuos. De ser esto así tendríamos que admitir que el origen de la cultura vaccea y, por consiguiente, de su sistema económico, es independiente de la indoeuropeización de la Meseta o, al menos, que el peso de ésta no ha sido, en todo caso, decisivo. Esta es, en efecto, mi opinión.

Ya he dicho por qué considero íntimamente unido el origen del sistema económico vacceo con el propio origen de este pueblo. De esta manera, indagando acerca del sistema, podremos tal vez arrojar alguna luz sobre el origen del pueblo que lo practicó. La elaboración de un sistema colectivista eficaz no es cosa de poco tiempo; al contrario, tiene que haber habido un largo periodo de formación. Si pensamos que ya al final del siglo III a.C. el sistema había alcanzado su momento de máximo esplendor y quizá, incluso, había entrado ya en decadencia (lo que demostraría su antigüedad), hay que asignarle una etapa de surgimiento y otra de desarrollo. Es evidente que estas dos fases son independientes de la presencia de una población indoeuropea (aunque, como veremos, algo puede haber influido) porque no las tenemos atestiguadas en otras zonas. Según mi opinión (DOMÍNGUEZ, 1988) el origen del sistema hay que atribuirlo a una sociedad pastoril que se va sedentarizando paulatinamente y que, también paulatinamente, va aceptando transformar su estructura socio-económica a las nuevas necesidades de una vida agrícola, pero sin ningún tipo de ruptura, es decir, sin que haya habido ninguna fuerza superior externa que haya impuesto su propio modelo. La solidaridad del grupo, propia, según los antropólogos, de las sociedades pastoriles (VALDÉS, 1976: 56-57), es lo

que, en definitiva, ha prevalecido al producirse la sedentarización y es lo que ha dado lugar al surgimiento del colectivismo agrario. No se trata de ninguna sociedad utópica; simplemente, de una sociedad que subordina el interés del individuo al interés del grupo. La existencia de otros sistemas, de corte más o menos similar entre otros pueblos antiguos (dálmatas, dacios, iberos caucásicos, indios, germanos), a pesar de la inexistencia de relaciones directas entre ellos es prueba, al menos, de que podían darse las condiciones necesarias en distintos ambientes para el surgimiento de sistemas de corte más o menos colectivista. La influencia, en todo caso, de los pueblos indoeuropeos puede haberse centrado en la introducción de las innovaciones técnicas necesarias para el desarrollo de una agricultura más rentable, pero lo que no se ha podido producir ha sido la imposición de su superestructura político-económica, incompatible totalmente con el sistema descrito entre los vacceos.

Se sabe cómo previamente a la presencia indoeuropea era la cultura Cogotas I la más ampliamente extendida por gran parte de la Meseta Norte, en cuya mitad oriental parece que, en definitiva, surge (FERNÁNDEZ-POSSE, 1982: 156), aunque mostrando un cierto vacío al Oeste del Pisuega (DELIBES, 1977: 79), posiblemente debido más al azar que a una situación real. Estos individuos, aunque fundamentalmente pastores, tienen ya rudimentos agrícolas (GALVÁN, 1983: 122) tal vez debidos a las relaciones que las distintas zonas peninsulares mantienen entre sí y que ponen en contacto a las áreas más abiertas a influencias externas (mediterráneas sobre todo) con las más interiores. Es sobre estos individuos sobre quienes actúan los elementos ultrapirenaicos, desapareciendo su cultura de amplias zonas peninsulares, pero conviviendo con los nuevos elementos en otras. En la Meseta Oriental hay que pensar que la mayor densidad de indoeuropeos transformó radicalmente la situación anterior. Sin embargo, la Meseta Occidental debió mantenerse más o menos al margen de estos movimientos, al quedar fuera de sus rutas, aunque recibiendo tal vez influencias secundarias, lo que debió permitir que la cultura anterior mantuviera durante un tiempo sus peculiaridades, como puede demostrarlo el hecho de que la cerámica de boquique coexista, en muchos casos, con las cerámicas «a peine» que caracterizan el horizonte Cogotas II (LÓPEZ MONTEAGUDO, 1979: 25), fenómeno que, empero, no parece darse en el área vaccea. Estas pervivencias parecen ser propias de las zonas más al margen de estos movimientos (BLASCO,

ALONSO, 1983: 123). Martín y Delibes, por su parte, han demostrado el importante peso de la tradición del Bronce en la formación de la primera Edad del Hierro en la Meseta Oeste (1975b: 550).

Por lo que se refiere a los lugares de habitación, poseemos el caso, para nuestro ámbito geográfico, de El Soto de Medinilla, que ha sido objeto de numerosas interpretaciones a pesar de lo incompleto de su excavación (en último lugar, PALOL, WATTENBERG, 1973) y, más recientemente, el poblado de Zorita (MARTÍN, DELIBES, 1978) habiendo indicios de otros casos (MARTÍN, DELIBES, 1980: 126-128; MARTÍN, DELIBES, 1982: 64-67). Sus excavadores han puesto de manifiesto su carácter hallstático, pero no han podido dejar de considerar una novedad dentro de este mundo la existencia de casas de planta circular u ovalada, que hay que atribuir, sin duda, a la tradición indígena, en los niveles inferiores (Soto I y II). Pero según se ha puesto de manifiesto también recientemente (ROMERO, 1980; CERDEÑO, 1983) las propias cerámicas que aparecen en la primera fase del Soto de Medinilla pudieran estar dependiendo de prototipos procedentes de zonas andaluzas, lo cual tampoco sería de extrañar, si tenemos en cuenta los atestiguados contactos entre esos diferentes ámbitos durante la fase precedente Cogotas I (FERNÁNDEZ-POSSE, 1982: 158). Parece, por otra parte, como si en la Meseta noroccidental hubiera una especie de «vacío», que hace que no conozcamos bien cómo se produce la transición entre las fases Cogotas I y Soto I (MARTÍN, DELIBES, 1981: 159-162); a pesar de ello, creo que el Soto representa un establecimiento de individuos portadores de una cultura heredera directa de las tradiciones anteriores, puestas de manifiesto por el empleo de casas redondas, incluso de pintura en las mismas, por el empleo de cerámicas que, si bien es probable que matizadas por las influencias hallstáticas, muestran la pervivencia de tradiciones anteriores, etc; por otra parte, el Soto en su fase I, datable en el siglo VII o, quizá, en el VIII (PALOL, 1973: 131) es acaso demasiado «tardío» como para encontrar atestiguado el «tránsito» que se habría iniciado, en todo caso, en niveles anteriores, y tal vez aún intactos; sabemos además que a partir del cambio de milenio, se pierde la unidad anterior de la cultura Cogotas I (FERNÁNDEZ-POSSE, 1982: 159), por lo que mientras que en algunas zonas pervivirán sus tipos cerámicos, en otras pueden ser sustituidos por otros, sin que ello implique un cambio cultural profundo sino simplemente una moda distinta.

De esta manera, en el Soto de Medinilla nos hallamos con una población fundamentalmente «indígena»

na» aunque matizada *culturalmente* (como no podía ser menos) por los elementos recién llegados que, además, favorecen, sin duda, mediante la introducción de sus nuevas técnicas el ya iniciado desarrollo de la agricultura y la sedentarización definitiva de los pastores de la etapa anterior. MALUQUER (1977: 28), destaca la importancia del hierro como estimulante de la sedentarización. La propia estructura del poblado (fase I) nos está hablando (a pesar de sus indudables paralelos con Cortes de Navarra) no tanto de un establecimiento de gentes «hallstáticas» sino, en todo caso, de individuos más o menos «hallstáticos» por decirlo de alguna manera pero que siguen manteniendo sus propias estructuras socio-económicas, reflejadas en el empleo de un tipo de vivienda, utillaje, etc., propios. Esta población mantiene su continuidad durante la fase siguiente, Soto II. Cuando se produce la eclosión del mundo celtibérico, tampoco creo que deba hablarse de una invasión sobre el territorio vacceo, sino que esta cultura, ya plenamente formada, y capaz de crear formas propias, si se admite el origen en esas regiones de las cerámicas «a peine» (HERNÁNDEZ, 1981), lo que vendría avalado por los materiales de Padilla de Duero (MAÑANES, MADRAZO, 1978), admite las innovaciones formales que sus vecinos orientales aportan, y las aceptan y tal vez transforman, pero mantienen, sin lugar a dudas, su antigua organización social y económica. Los vacceos, cuya organización económica describe Diodoro, estarían dentro de esta cultura «celtibérica», pero mostrarían unos rasgos lo suficientemente definitorios como para que los autores griegos considerasen digno de mención su sistema económico.

Concluyendo, podríamos decir que la cultura vaccea surge desde el momento en el que los pastores de la Meseta Occidental, portadores de una cultura material de tipo Cogotas I deciden, por motivos aún no del todo claros, pero a los que quizá no sea ajena la presencia de grupos venidos del otro lado de los Pirineos (fundamentalmente agricultores como queda patente en Cortes de Navarra (MALUQUER, 1954b: 181-186)), convertirse en sedentarios y desarrollar un sistema económico mixto que, sin duda, por influencia y tal vez también por la presión de los pueblos hallstáticos que se establecen en la Meseta Oriental, terminan por desarrollar una agricultura que podríamos calificar de «racional», a juzgar por el trigo y cebada que cultivaban (HOPF, 1973), iniciando también la adopción de formas culturales externas de esta cultura que, por su parte, bebería también en el sustrato anterior. Los habitantes de Soto I deben considerarse

ya vacceos, perfectamente constituidos, y sus diferencias formales con sus inmediatos antecesores de Cogotas I se deben, sin duda, a que la escasez de excavaciones científicas no nos permite observar el proceso de integración de los elementos de ambas tradiciones que llevaría, dentro de un contexto netamente «indígena» al surgimiento de una nueva cultura. Sin duda es éste, como hemos visto, uno de los problemas más importantes que tiene planteada la Protohistoria de la Meseta, explicar cómo se produce el paso, en cada zona, entre la casi omnipresente fase Cogotas I y la fase sucesiva, en nuestro caso, Soto I (MARTÍN, DELIBES, 1975a: 460-461; MARTÍN, DELIBES, 1981: 159-162; DELIBES, 1977: 81), sabiendo que este tránsito no es simultáneo en toda la Meseta, ni presenta las mismas características. Será de las peculiaridades de este tránsito en nuestra área de lo que dependerán las características del pueblo vacceo histórico. Creo, no obstante, que es problemático negar una continuidad cultural entre ambos momentos sobre la base, por ejemplo, del hallazgo de San Román de la Hornija (DELIBES, 1978: 240-241) cuando quizá aquí pueda verse, debido a lo tardío del mismo (fechas C-14: 1010 y 870 a.C.), el nexo de unión entre ellos; aquí aparecen cerámicas con técnica de boquique y excisas y, además, cerámicas comunes, algunas espatuladas y con impresiones digitales, técnicas ambas que por lo que sabemos, aparecen muy abundantemente en la fase Soto I debido sin duda a un fenómeno de pervivencia. Es cierto que este tipo de cerámicas se mantiene largo tiempo (GARCÍA-GELABERT, MORERE, 1983: 307) pero esto, precisamente, nos vuelve a indicar que no todo son novedades en este mundo de la primera Edad del Hierro y que lo que mayores transformaciones sufren son los objetos más apreciados y, por lo tanto, más sujetos a variación de su canon estético. La pervivencia de formas características del Bronce Final durante el Hierro I, a veces durante siglos está atestiguada también en otras zonas «marginales» de la Meseta (BLASCO *et al.*, 1980), así como la transición sin discontinuidades aparentes (VALIENTE, RUBIO, 1982).

Cronológicamente, pues, el origen del pueblo vacceo (o, al menos, la sedentarización del mismo y el inicio de su sistema económico por más que de forma rudimentaria) podría tener como *terminus ante quem* el inicio de la fase Soto I, y como *terminus post quem* la fecha que se acepte para el inicio del impacto ultrapiroenico en la Meseta (que marcaría el inicio de las aportaciones culturales y técnicas más desarrolladas de estos individuos) y que cada vez se eleva más (RUIZ, 1983: 155; GARCÍA-GELABERT, MORERE, 1983: 309), al

tiempo que se comprueba su menor influencia directa y de «primera hora» en la Meseta Occidental (GARCÍA-GELABERT, MORERE, 1983: 309-310); en cifras absolutas, podríamos situarlo, a pesar de lo arriesgado que resulta, entre el 1000 y el 800 a.C.. Este sería el punto de partida de la larga evolución que conduciría al característico pueblo vacceo histórico.

En un momento determinado, tal vez en torno al siglo IV a.C., la cultura vaccea se reviste de «celtiberismo», pero será un celtiberismo relativamente peculiar, si juzgamos por las cerámicas que han sido bastante bien estudiadas (WATTENBERG GARCÍA, 1978: 72). Además, sus peculiaridades quedarán a salvo y, cuando la conquista romana acaba sofocando los últimos focos de resistencia indígenas, habrán acabado con un largo periodo de desarrollo autóctono, que había permitido el surgimiento de una inteligente economía de base agrícola que hizo que la sociedad vaccea se viese libre del mal endémico del momento, el bandolerismo, que alcanzó unas altas cotas entre sus vecinos (siendo los vacceos, obviamente, el objetivo preferido de razias y correrías) lo que, igualmente, demuestra la originalidad del sistema y su no dependencia, en absoluto, en su origen y planteamientos, de los practicados por las comunidades circundantes lo que nos habla, de esta forma, de una relativa «excepcionalidad» del pueblo vacceo dentro del conjunto de los pueblos prerromanos de la Meseta durante la Edad del Hierro.

Bibliografía

- ALBERTOS, M.^a L. 1975. *Organizaciones suprafamiliares en la Hispania Antigua*. Valladolid.
- ALBERTOS, M.^a L. 1979. «La onomástica de la Celtiberia». *II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*. Tubingen-Salamanca.
- BLASCO, M.^a C., ALONSO, M.^a A., VALIENTE, S. 1980. «La Edad del Hierro en la Provincia de Madrid». *II Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Madrid. pp. 47-57.
- BLASCO, M.^a C., ALONSO, M.^a A. 1983. «Aproximación al estudio de la Edad del Hierro en la Provincia de Madrid». *Homenaje a M. Almagro*. pp. 119-134.
- BOSCH-GIMPERA, P. 1942. «Two celtic waves in Spain». Reimpreso en *Paletnología de la Península Ibérica*. Graz, 1974. pp. 559-784.
- CERDEÑO, M.^a L. 1983. «Cerámica hallstättica pintada en la provincia de Guadalajara». *Homenaje a M. Almagro*. pp. 157-165.

- DELIBES, G. 1977. «El poblamiento prehistórico del Valle Medio del Duero». *Historia de Valladolid. I.* Valladolid. pp. 69-84.
- DELIBES, G. 1978. «Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid)». *TP*, 35; pp. 225-250.
- DOMÍNGUEZ, A.J. 1982. «En torno a algunos aspectos socio-económicos de la cultura vaccea: Estado de la cuestión y nuevas aportaciones». *Cesaraugusta*, 65; pp. 23-76.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. 1982. «Consideraciones sobre la técnica de Boquique». *TP*, 39, pp. 137-159.
- GALVÁN, R. 1983. «La Edad del Bronce». *Arqueología Vallisoletana, II*. pp. 105-125.
- GARCÍA-GELABERT, P., MORERE, N. 1983. «Estudio de un conjunto cerámico-lítico de Mojares (Guadalajara)». *Wadal-Hayara*, 10; pp. 295-313.
- HERNÁNDEZ, F. 1981. «Cerámica con decoración 'a peine'». *TP*, 38; pp. 317-325.
- HOPF, M. 1973. «Pflanzefunde aus Nordspanien. Cortes de Navarra. El Soto de Medinilla». *MM.*, 14, pp. 133-142.
- LEJEUNE, M. 1955. *Celtiberica*. Salamanca.
- LÓPEZ MONTEAGUDO, G. 1979. «Consideraciones sobre la cerámica de Boquique». *AEspA*, 52, pp. 21-26.
- MALUQUER, J. 1954a. «Los poblados de la Edad del Hierro de Cortes de Navarra». *Zephyrus*, 5, pp. 1-15.
- MALUQUER, J. 1954b. *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra*. Pamplona.
- MALUQUER, J. 1977. «El poblamiento prerromano en la Meseta del Duero». *Segovia y la Arqueología Romana*, pp. 17-31.
- MAÑANES, T. 1979. *Arqueología Vallisoletana. La Tierra de Campos y el Sur del Duero*. Valladolid.
- MAÑANES, T., MADRAZO, T. 1978. «Materiales de una necrópolis vallisoletana de la Edad del Hierro». *TP*, 35, pp. 425-432.
- MARTÍN, R., DELIBES, G. 1975a. «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora. II». *BSAA*, 40-41, pp. 445-475.
- MARTÍN, R., DELIBES, G. 1975b. «Problemas en torno a la primera Edad del Hierro en el sector Occidental de la Meseta Norte». *XIII CAN.*; Zaragoza. pp. 545-550.
- MARTÍN, R., DELIBES, G. 1978. «Die Hallstatt-zeitliche Siedlung von Zorita bei Valoria la Buena (Prov. Valladolid)». *MM*, 19, pp. 219-230.
- MARTÍN, R., DELIBES, G., 1980. «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora. VII». *BSAA*, 46, pp. 119-128.
- MARTÍN, R., DELIBES, G. 1981. «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora. VIII». *BSAA*, 47, pp. 153-186.
- MARTÍN, R., DELIBES, G. 1982. «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora. IX». *BSAA*, 48, pp. 45-70.
- PALOL, P. 1973. «El Soto de Medinilla. Archäologische Einführung zu den botanischen Untersuchungen». *MM*, 14, pp. 127-132.
- PALOL, P., WATTENBERG, F. 1973. *Carta Arqueológica de España. Valladolid*. Valladolid.
- ROMERO, F. 1980. «Notas sobre la cerámica de la primera Edad del Hierro en la cuenca media del Duero». *BSAA*, 46, pp. 137-153.
- RUIZ, G. 1983. «Un hábitat de 'campos de urnas' en los Monegros». *Homenaje a M. Almagro*. pp. 147-156.
- TOVAR, A. 1973. «Las inscripciones de Botorrita y de Peñalba de Villastar y los límites orientales de los celtiberos». *Hispania Antiqua*, 3, pp. 367-405.
- VALDÉS, R. 1976. *Antropología*. Madrid.
- VALIENTE, S., RUBIO, I. 1982. «Aportaciones al conocimiento de la Arqueología madrileña: Hallazgos arqueológicos de la zona de la Aldehuela-Salmedina (Getafe-Vaciamadrid)». *Estudios de Prehistoria y arqueología madrileñas*, pp. 55-96.
- WATTENBERG, F. 1959. *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la Cuenca Media del Duero*. Madrid.
- WATTENBERG, F. 1963. *Las cerámicas indígenas de Numancia*. Madrid.
- WATTENBERG GARCÍA, E. 1978. *Tipología de la cerámica celtibérica en el Valle inferior del Pisuerga*. Valladolid.